

La narrativa española contemporánea vista desde Suecia

Kjell A. Johansson

Arbor CLXXVI, 693 (Septiembre 2003), 17-26 pp.

Durante mucho tiempo literatura española era para los suecos «Don Quijote de la Mancha» y posiblemente algunas piezas de teatro de Lope de Vega o Pedro Calderón de la Barca. Esta situación duró hasta bien entrado el siglo XX. Muy pocos escritores estaban traducidos al sueco: entre 1910 y 1920 unas cuantas novelas de Vicente Blasco Ibáñez, de las cuales «Sangre y arena» llegó a ser la más popular, en los años 20 un par de novelas de Pío Baroja, «El mayorazgo de Labraz» y «Zalacaín, el aventurero», otro par de novelas de Miguel de Unamuno, «Niebla» y «La tía Tula», las «Sonatas» de María del Valle-Inclán, pero no completas sino en selección, dos novelas de Concha Espina, «La esfinge maragata» y «El metal de los muertos», y en los años 30 «Siete domingos rojos» de Ramón J. Sender, traducida por una anarcosindicalista, Britta Gröndahl, que en los años 60 volvería a traducir a Sender, las novelas «El lugar de un hombre» y «Requiem por un campesino español» y «La huelga» de Isabel Álvarez de Toledo, la duquesa antifranquista de Medina Sidonia.

Hacia finales de los años 40 hubo traducciones y representaciones del teatro de Federico García Lorca y se empezó también a traducir su poesía. En la narrativa se publicó una obra que tendría un gran número de los lectores de novelas en Suecia: la trilogía «La forja de un rebelde» de Arturo Barea, su visión de la España de las décadas primeras del siglo XX hasta el final de la guerra civil. «La forja» sobre una infancia en Madrid y en el campo con obreros, artesanos, mendigos, curas, gente de teatro, «La ruta», sobre la guerra de Ma-

rruecos, y «La llama», sobre la guerra civil española. Tuvo críticas entusiastas, en que se realzaban su frescura, su humor, su indignación su fuerza narrativa. «Es la obra de un narrador nato», escribió Gösta Attorps, uno de los críticos literarios más importantes en aquella época, en el diario conservador «Svenska Dagbladet» de Estocolmo, y afirmó: «Cada persona que en profundidad quiere conocer España tiene que leer sus libros».

Arturo Barea era un escritor genuinamente español, cuyo destino fue contar a los no-españoles sobre España. Cuando salió su trilogía en sueco era una traducción del inglés, y no una traducción cualquiera. Sin la persona que la hizo es dudoso si el escritor Arturo Barea hubiera existido. Todo empezó en la famosa Telefónica en la Gran Vía de Madrid durante la guerra civil. Allí bajo los bombardeos de las tropas franquistas Arturo Barea conoció y trabajaba con Ilsa, una austríaca, militante socialista que en su país de origen había sido encarcelada un par de veces por sus actividades políticas y sindicales. Ella era también escritora y políglota. Hablaba hasta el sueco con soltura. Veía en Arturo Barea sus dotes excepcionales de narrador y le animó a escribir. Hacia el final de la guerra Arturo Barea se exilió y los dos vivieron el resto de sus días en Inglaterra. Allí él escribió su trilogía. En España era imposible publicarla. Entonces Ilsa Barea la tradujo al inglés y fue un gran éxito. Y desde la versión de Ilsa Barea hubo traducciones en alemán, francés, italiano, holandés, danés, noruego y sueco.

Cuando Ilsa Barea nos visitó en Lund, ciudad universitaria del sur de Suecia, a principios de los 60, unos años después de la muerte de su marido en 1957, me contó que tenía también otro papel importante para la obra de Arturo Barea: estar atenta e impedir que quemara sus manuscritos. A pesar del éxito internacional él no tenía ningunas esperanzas de que su trilogía saliera en español, ni en México, ni en la Argentina peronista. Cuando por fin Editorial Losada de Buenos Aires iba publicarla resultó que el autor había destruido gran parte del manuscrito del segundo tomo, «La ruta». Tuvo que escribir nuevamente los capítulos que faltaban, sirviéndose de la traducción inglesa de su esposa. Así que «La forja de un rebelde» fue muy importante para la imagen de España que tuvieron mucha gente en los países extranjeros mientras que en España la obra de Barea llegó tarde y —que yo sepa— poco. Arturo Barea escribió también un libro interesante sobre Federico García Lorca sin conocerle nunca personalmente. No se editó en sueco, pero sí en nuestra vecina Dinamarca, donde Ilsa Barea tenía una hermana que lo tradujo.

En los mismos años en que se publicó la trilogía del exiliado Barea en sueco, empezaron a traducirse también algunos novelistas publicados en España después de la reciente guerra civil: Ignacio Agustí, Darío Fernández Flórez, Mario Lacruz, Eulalia Galvarriato, José Suárez Carreño y Mercedes Salisachs, admirable esta última por su perseverancia. A los 88 años acaba de publicar su novela número 31 y ya está trabajando en la siguiente. Sin embargo ninguno de estos escritores despertó gran interés entre los lectores suecos y no volvieron a traducirse.

Más apreciada fue la novela «Nada», el primer Premio Nadal, de Carmen Laforet, por su relato despiadado de una juventud que tuvo la desgracia de vivir en el mundo mezquino creado por la guerra civil española. El que más llamó la atención fue Camilo José Cela con «La familia de Pascual Duarte» publicado en sueco en 1947 y «La colmena» en 1954.

Si durante los años 40 y 50 hubo un goteo de traducciones de novelas españolas, a partir de 1960 el interés por la literatura, y al mismo tiempo por lo que pasaba en la España franquista creció considerablemente y empezó a haber traducciones con regularidad. Eso duró hasta que llegó el boom literario latinoamericano.

Hay que decir que alrededor de 1960 el conocimiento de España en general y de su literatura en particular seguía siendo escasa, pero había por lo menos una referencia clara para bastantes suecos: la de la guerra civil española. Unos quinientos hombres de Suecia habían participado en ella como voluntarios en las Brigadas Internacionales republicanas y aproximadamente ciento sesenta habían dejado sus vidas, en la tierra de España. Los que volvieron a Suecia no siempre tuvieron la acogida que merecían. Gran parte de ellos eran comunistas en un país muy dominado por el socialismo reformista, una socialdemocracia durante mucho tiempo muy intolerante con un comunismo sueco dirigido desde Moscú. Puedo añadir que el dominio de la socialdemocracia en Suecia sigue. Durante los últimos setenta años ha gobernado en sesenta, a veces con el apoyo de uno o dos partidos pequeños, actualmente con los verdes y los ex-comunistas, nuestra Izquierda Unida. Los partidos de derecha y centroderecha a veces han intentado gobernar, pero parece que ni ellos crean en su capacidad, ni los empresarios suecos. No significa que la socialdemocracia sueca sea tan excepcional. La época brillante del socialismo reformista sueco terminó cuando fue asesinado Olof Palme en 1986. Somos un país poco excitante. Y hemos tenido la gran suerte de no tener ninguna guerra en casi dos siglos, ni siquiera contra Irak.

Bueno, volvamos a 1960. La guerra civil española seguía siendo en Suecia un punto de referencia, sobre todo en el movimiento obrero y en la izquierda. Aparte del último tomo de la trilogía de Barea conocíamos la guerra civil como tema literario a través de escritores españoles, por las novelas de Ernest Hemingway y André Malraux. «Hommage to Catalonia» (homenaje a Cataluña) de Georges Orwel no se tradujo hasta 1974, pero entonces ya lo habíamos leído bastantes suecos en inglés.

Precisamente alrededor del año 1960 ocurrieron varias cosas que favorecían el interés por la literatura española. En la universidad de Lund en el sur de Suecia, la mas importante del país junto con la de Uppsala, un profesor , lector de español, Mateo Pastor-López, escribía una historia de la literatura española moderna, y paralelamente la latinoamericana, desde el modernismo de Rubén Darío y la generación del 98 hasta la actualidad de entonces, una obra extensa y bien documentada. Pastor-López escribía los capítulos y me los entregaba a mí para que los tradujera. La obra se publicó en 1960.

En ese mismo año el diario Dagens Nyheter de Estocolmo, el matutino más importante de Suecia, tuvo como director a Olof Lagercrantz, una persona de una gran cultura, que en sus 15 años en el puesto levantó este periódico independiente a un nivel que no había conocido antes y que no ha tenido después. Olof Lagercrantz, nacido en 1911 y muerto recientemente, procedía de una familia de la nobleza, de la alta burguesía, de un ambiente conservador, importante culturalmente, pero él evolucionó hacia posiciones de izquierda, demasiado de izquierda, decían algunos. Precisamente en 1960 empecé a colaborar en el Dagens Nyheter. Iba conociendo personalmente a escritores españoles. En 1962 entrevisté a Camilo José Cela y a Vicente Aleixandre. Fui a Valladolid a ver a Miguel Delibes . Pero sobre todo entablé contactos con los jóvenes, los que mas tarde se conocerían como la generación de los 50, aunque lo de generación es discutible, con los que habían nacido en los años 20 y en la primera mitad de los años 30, que habían sufrido de maneras diferentes la guerra civil sin posibilidad de participar activamente en ella, novelistas, poetas y un par de dramaturgos.

Ya antes, cuando empecé a interesarme por lo que ustedes en España habían escrito y al darme cuenta de lo poco que se había traducido, tuve la idea de hacer una antología en sueco. Pasaron algunos años y cambió algo mi perspectiva inicial. Había pensado comenzar con la generación del 98, pero según fui conociendo a los escritores jóvenes en España llegué a interesarme más por ellos. Así que en 1964 publicamos yo y mi esposa Sonia Johansson la antología «Moderna spanska

noveller», «Cuentos españoles modernos», en la editorial Bonniers, de Estocolmo, la más prestigiosa e importante literariamente sobre todo en aquella época. Seleccionamos a escritores que entonces todavía vivían con una excepción. Iniciamos la antología con dos grandes autores en el exilio, Arturo Barea y Max Aub, seguimos con dos o tres de la primera generación de posguerra, Camilo José Cela, Luis Romero y —algo más joven— Miguel Delibes. El resto lo dedicamos a los entonces jóvenes: Lauro Olmo (más conocido como dramaturgo), Ignacio Aldecoa, Antonio Ferres, Armando López Salinas, Ana María Matute, Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio, Alfonso Grosso y —el más joven— un Andrés Sorel de 27 años.

Nuestro colega y amigo Ebbe Traberg tuvo —independientemente de nosotros— la misma idea para nuestro país vecino Dinamarca. Ebbe Traberg (a quien seguramente algunos de ustedes conocían) residía ya entonces en España y viviría aquí hasta su muerte en 1996. El hizo su antología en colaboración con Juan Eduardo Zúñiga. Cuatro escritores están en las dos antologías, Ferres, Grosso, Matute y López Salinas, pero siempre con cuentos diferentes. Los otros seleccionados por Traberg y Zúñiga eran José María de Quinto, Jesús López Pacheco, Carmen Martín Gaité, Jorge Campos, Juan García Hortelano, Luis y Juan Goytisolo y Juan Eduardo Zúñiga. Varios cuentos de las dos antologías estaban prohibidos por la censura franquista y se publicaron por primera vez.

En aquellos años, en 1966, hice también una antología del tipo especial de viajes, viajes a pie, que hacían algunos escritores jóvenes por diferentes comarcas de España, como Las Hurdes, Almería, Las Marismas, lugares junto al río Ebro donde hubo grandes batallas durante la guerra civil, etc, y contaban lo que veían, que era una realidad que oficialmente no existía, sino que era una invención de escritores malévolos y de periodistas extranjeros anti-españoles. Los que nos interesábamos por lo que pasaba en España éramos anti-españoles. En el mes de mayo de 1965 —hace exactamente 38 años— hubo una exposición documental sobre España en Estocolmo que causó mucha indignación en la prensa y la televisión franquistas. Aseguraban que fotos recién sacadas de España eran falsas. Para este tipo de literatura como para la novela española de posguerra Camilo José Cela era un precursor. Escogí un par de capítulos de su «Viaje a la Alcarria», uno de sus mejores libros. Una traducción completa de él en sueco no saldría hasta 1992. Los otros escritores que incluía en esta antología con una cubierta roja y el título «Det svarta Spanien», «La España Negra», eran Juan Goytisolo, Armando López Salinas, Antonio Ferres, Alfonso Grosso, José Agustín Goytisolo y Ramón Carnicer.

Para el conocimiento de la literatura española en Suecia, las iniciativas personales han sido fundamentales. Un papel primordial lo desempeñó Artur Lundkvist, nacido en 1906 y muerto en 1991, una de nuestras figura literarias mas importantes con una producción enorme de novela, poesía y ensayo e introductor infatigable de literaturas extranjeras. Se puede decir, exagerando un poco, que leía la literatura mundial. Como casi todos en estos tiempos modernos leía demasiado rápidamente. Tenía mucha intuición y curiosidad y muy buen olfato por nuevos escritores interesantes. Detestaba la literatura *light*. Sus preferencias eran muy pronunciadas. Hay que añadir que sus estudios formales se limitaban a los seis años de la vieja escuela primaria sueca que con la reforma educativa del año 1842 hacía que los suecos, aunque siendo la inmensa mayoría de nosotros pobres y rurales casi hasta mediados del siglo XX; todos sabíamos leer y escribir.

Puede ser que algo de esa herencia perdure. Según una gran encuesta reciente los suecos somos los europeos que más cultura consumen (aunque no me gusta la expresión). El año pasado el setenta y cinco por ciento de nosotros visitamos una biblioteca. Para Grecia, la cuna de la civilización occidental, la cifra es el siete por ciento: Los islandeses son los que más leen y en relación a su población los que más escritores y editores tienen. En Islandia en el pasado eran todavía más pobres que nosotros y mucho más cultos.

Una de varias cosas que hizo Artur Lundkvist para la narrativa española —y la latinoamericana— en Suecia fue dirigir en los años 60 una colección de novelas. Cada volumen tenía una introducción suya. Salió una novela de Miguel Delibes: «Las ratas», más tarde seguida por «Cinco horas con Mario». De las dos novelas de la primera etapa de Rafael Sánchez Ferlosio Lundkvist no eligió la más famosa «El Jarama» —que sigue sin traducirse al sueco— sino la imaginativa, juguetona y lírica «Industrias y andanzas de Alfanhuí». De esta colección forman parte también una novela de Luis Romero, «Los otros», un relato que refleja bien la atmósfera sofocante bajo el franquismo, y una novela de Ramiro Pinilla, «Las ciegas hormigas», de gran intensidad narrativa.

Otro introductor infatigable de las literaturas de lengua española y portuguesa es Arne Lundgren, nacido en 1925, novelista importante de la costa occidental pesquera de Suecia, durante mucho tiempo crítico literario en la prensa de Gotemburgo y una persona que lo hace todo el mismo: es escritor, traductor y editor. Su gran especialidad es la literatura de lengua portuguesa. Es un Ángel Crespo nuestro.

También, entre varios otros, hay que mencionar al poeta Söderberg, bien conocido en los círculos literarios de España, aunque él se ha ocupado sobre todo de la poesía.

De Ana María Matute pudimos leer en sueco en los años 60 algunas novelas: «Fiesta al noroeste», «Primera memoria» y «Los soldados lloran de noche». De Juan García Hortelano «Tormenta de verano», gracias a que recibió el Premio Formentor de 1962, en cuyo jurado participaron editores de trece países, entre ellos Bonniers de Estocolmo. En el año siguiente otro español, Jorge Semprun, tuvo el mismo premio y fue traducido al sueco, con una novela en francés, «Le grand voyage». De Semprun, este testigo lúcido de los horrores del siglo XX, capaz de transmitirlos en literatura, acaba de salir en sueco otra de sus novelas sobre los campos de concentración nazis, la reciente «Le mort qu'il faut».

Un caso muy especial es el de Agustín Gómez-Arcos. Nació en un pueblo de Almería, escribía teatro en los años 60 pero no aguantaba la vida en la España franquista. Se fue a París y escribió en francés media docena de novelas muy intensas sobre la realidad de la que había huido, con gran éxito en Francia e internacionalmente, pero en España fue completamente ignorado durante muchos años. En sueco tenemos dos novelas suyas, «L'agneau carnivore» (El cordero carnívoro) y «Ana non». Cuando he viajado por Suecia dando conferencias he encontrado a lectores fervientes de este escritor muy español.

Quisiera comentar algo lo que ha pasado con Juan Goytisolo y con Luis Goytisolo en Suecia. De Juan Goytisolo se publicaron pronto, como en muchos otros países, varias de sus primeras novelas: «Juegos de manos», «La resaca» y «La isla». A mi me parecían bastante flojas y propuse otras alternativas de la nueva prosa española. Pero me gustaban mucho sus libros sobre Almería: «Campos de Níjar» y «La Chanca». Cuando a partir de «Señas de identidad» de 1966 Juan Goytisolo se convirtió, según mi opinión, en uno de los prosistas más importantes de la lengua española, Bonniers de Estocolmo dejó de publicarle. Yo que me había quejado de que se traducían a Juan Goytisolo, me quejaría, en la prensa y directamente a la editorial, en el cuarto de siglo siguiente de que habían dejado de hacerlo. Cuando por fin Bonniers se animó a volver a editarlo lo hicieron, en 1988 y 1991, con su dos libros autobiográficos, «Coto vedado» y «En los reinos de taifa», y en 1992 con la novela «Las virtudes del pájaro solitario».

También en el caso de Luis Goytisolo hay motivos para quejas. En 1981 salió «Recuento», primer volumen de la tetralogía «Antagonía» en la prestigiosa Rabén & Sjögren de Estocolmo. Era un momento

dorado de la editorial. Casi simultáneamente ofreció a los suecos tres grandes obras experimentales y extensas de escritores de lengua española: «Terra Nostra» de Carlos Fuentes, «Yo el Supremo» de Augusto Roa Bastos y «Recuento» de Luis Goytisolo. Como casi siempre cuando se trata de literatura de lengua española en Suecia se debía a iniciativas y gustos personales. Había en esta editorial tres redactoras interesadas y bien informadas en estos asuntos. Poco después Rabén & Sjögren entró en crisis y las tres dejaron la editorial. Una de ellas, Barbo Stenström, fundó una pequeña editorial especializándose en la gran producción de Carlos Fuentes, otra, Lillemor Jonsson, montó una agencia literaria, y la tercera, Ulla Roseen, se convirtió en una de las traductoras más importantes de la literatura española y latinoamericana.

Los tres tomos restantes de «Antagonía» todavía no se han editado en sueco, lo que para mí es lamentable e incomprensible desde varios puntos de vista. Cuando se publicó «Recuento» en Suecia tuvo una de las mejores acogidas que ha tenido una novela española, por críticos de muy alto nivel que habían estudiado en profundidad la novela (como tuve la ocasión de explicar en otra conferencia aquí en España hace unos años). Lamentable e incomprensible también porque si yo tuviera que elegir la obra novelística española del siglo pasado que más me ha dado artísticamente y como fuente sobre la vida en los años que me ha tocado vivir (que son exactamente los mismos que los de Luis Goytisolo) sería «Antagonía».

La década de los 60 fue el período del mayor interés para la literatura española en Suecia. La renovación de la novela en los años 70 se produjo para nosotros en la sombra del boom de la prosa latinoamericana. No importaba que algunos novelistas españoles, como José Manuel Caballero Bonald, también eran «latinoamericanos». Entre finales de los años 60 y mediados de los años 80 se traducían muy pocas novelas españolas en Suecia y un número considerable de novelas latinoamericanas. A principios de los 80 tuvimos un par de novelas de Juan Marsé.

La lista de prosistas españoles traducidos en los últimos quince años en heterogénea, abarca diferentes tendencias y edades: Eduardo Mendoza, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent, Álvaro Pombo, Javier Tomeo, José María Merino, Cristina Fernández Cubas, Javier Marías, Juan José Millás, Enrique Vila-Matas, Bernardo Atxaga, Rosa Montero, Arturo Pérez Reverte, Julio Llamazares, Antonio Muñoz-Molina, Alejandro Gándara, Almudena Grandes, Javier Cercas, Juan Manuel de Prada. De Cela se han publicado algunos libros más a raíz

del Premio Nobel: las Novelas «Mazurca para dos muertos» y «Mrs. Caldwell habla con su hijo», esta última uno de mis libros favoritos de su producción, machacada por la crítica en España cuando se publicó en 1953 y después olvidada, un estudio fascinante de insalud mental. Y ya mencioné «Viaje a la Alcarria».

En 1988 una sorpresa: «Tirano Banderas» de 1926 de Ramón María del Valle-Inclán, el predecesor de las novelas sobre dictadores de Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Augusto Roa Bastos y Gabriel García Márquez, todas estas sí traducidas a nuestro idioma.

Comparado con el omnipresente inglés es poco lo que se traduce del español. Hay muchas lagunas a llenar. Por ejemplo, nunca tuvimos «Tiempo de silencio» de Luis Martín Santos en sueco. La Feria el libro de Frankfurt de 1991, en vísperas del 92, tuvo a España como protagonista destacada. Con este motivo Miguel Riera hizo para su revista Quimera una encuesta a dieciocho críticos para que eligieran las mejores obras literarias publicadas entre 1975 y 1991. El resultado fue una lista de 10 obras: la poesía completa de José Ángel Valente y nueve obras novelísticas: «Escuela de Mandarines», de Miguel Espinosa, «Larva» de Julián Ríos, «Galíndez» de Manuel Vázquez Montalbán, «La vida perra de Juanita Narboni» de Ángel Vázquez, «Saúl ante Samuel» de Juan Benet, «Paisajes después de la batalla» de Juan Goytisolo, «Antagonía» de Luis Goytisolo, «Mazurca para dos muertos» de Camilo José Cela y «Si te dicen que caí», de Juan Marsé. De los diez tenemos uno y un cuarto en sueco, «Mazurca para dos muertos» y «Recuento», primer volumen de «Antagonía».

En uno de los desayunos de Luis Mariñas en la Televisión Española hace unas semanas Víctor García de la Concha me hizo saber que el español no es solamente el castellano sino también el catalán y el gallego. No voy a alargar más la conferencia. Me limitaré sólo a decir que en los últimos quince años hemos tenido narrativa traducida del catalán con cierta regularidad, por ejemplo varias novelas de Mercé Rodoreda. «La Plaça del Diamant» ha sido un éxito notable. También ha habido traducciones de libros de prosa de Pere Calders, Pere Gimferrer y Quim Monzó. Mi esposa y yo hemos traducido «Camí de sirga» de Jesús Moncada, una novela sobre la vida del pueblo milenario de Mequinensa que fue sumergido por un embalse en el Ebro en 1971, tres décadas antes del Plan Hidrológico Nacional. Dicho sea de paso: cuando éramos muy jóvenes —y felices, diría García Márquez— traduje algún poema de José Antonio Labordeta.

Sin traductores no hay nada. Nuestros traductores del español son pocos —pero llegan nuevos— y casi todos excelentes, con conocimientos

sólidos del castellano —y en algunos casos del catalán— y con gran capacidad para expresarse en su propio idioma, la mayoría mujeres, Annika Ernstson, Elisabeth Helms, la ya mencionada Ulla Roseen, Mani Kössler, Kerstin Cardelús y otras. Entre los hombres: Jens Nordenhök, que ha hecho una versión sueca de «Don Quijote», la mejor de las tres en mi idioma que he conocido en mi vida. Del catalán teníamos a un traductor extraordinario, Miguel Ibáñez, que se encargó de varios prosistas modernos y también hizo una versión sueca de «Tirant lo Blanc» de Joanot Martorell, una obra tan extensa como el Quijote, el clásico catalán del siglo XV, que en la purga que hacen en la biblioteca de Don Quijote se salva por el cura que dice al barbero: «Dígoos verdad, señor compadre que, por su estilo es éste el mejor libro del mundo». Desgraciadamente Miguel Ibáñez decidió dejar esta vida a los 35 años.

«Don Quijote» es, como sabemos, siempre una obra contemporánea. La nueva versión sueca de Jens Nordenhök ya ha inspirado a un pequeño grupo de teatro a una adaptación con la cual viajan del norte al sur de Suecia, sobre todo a pequeños lugares, un poco al estilo de La Barraca de García Lorca. Vi hace unos meses una de las representaciones. El público, la gente del pueblo, estuvo entusiasta, igual que una de mis nietas que me acompañó. Así cabalgan hoy Don Quijote y Sancho Panza por Suecia.